

prendida en la proscripción, y lloraba inconsolable porque no hacia mencion de ella la sentencia. Apenas pudo contener un momento las lágrimas para exhortar á sus hijos, que, vestidos de túnicas blancas, fueron á pedirle la bendición. «Andad (les dijo), preciosos depósitos que me habia confiado el cielo: andad á inmolar á Dios los miembros que él mismo os formó en mi seno. Guardaos de mostrar ningun miedo al ver un suplicio que no es mas que un tránsito á la felicidad suprema y eterna. Andad á acompañar á vuestro padre á la corte celestial; y cuando esteis allí no os olvideis de una madre que no cesará de llorar hasta que esté con vosotros.» Los abrazó al proferir estas últimas palabras, y se retiró para entregarse toda al sentimiento que la causaba el no morir con ellos.

Al instante pusieron á los dos niños en una litera con su abuela, y los llevaron al lugar del suplicio, acompañados de un gentío innumerable que llenaba las calles y plazas. Al salir de la litera vieron los niños un soldado que desenvainaba su cimitarra, corrieron apresurados á arrodillarse delante de él, juntaron las manos, y pronunciando en alta voz los nombres de Jesus y Maria, esperaron tranquilos el golpe mortal. Empezó el verdugo por el mayor, cuya cabeza, despues de muchos saltos, fué á pararse cerca del segundo. Lejos de asustarse este héroe prematuro, mostró mucha mayor alegría, y se puso á orar con un fervor enteramente angelical. Sintiéndose enternecido el verdugo, temió que le faltase el ánimo, y se apresuró á inmolar esta otra víctima. Llegó por fin á Marta, madre y ejemplar de toda aquella santa familia, la cual presentó la cabeza con una serenidad digna de coronar una vida de sesenta años, empleada en el ejercicio de las virtudes mas sublimes, y murió manifestando mas alegría de ver estinguida su casa en la tierra que si la hubiera visto elevada al trono.

No escitó este castigo el terror que se ha-

bia pretendido inspirar á los fieles (1); pero se atribuyó su insuficiencia á la naturaleza del suplicio, el cual no pareció bastante riguroso; y poco despues fueron sentenciados tres caballeros cristianos á morir en las llamas con toda su familia. De resultas de esto es cierto que se vieron algunos apóstatas; pero tambien es cierto que se convirtieron muy en breve de un modo tan heroico y tan sólido, que su penitencia y perseverancia repararon con ventajas el escándalo de un momento de flaqueza. Tuvo tan poca entrada en el pueblo la consternacion, que esparcida la noticia del suplicio, acudieron á Arima de quince á veinte mil cristianos de aquellos contornos, atraídos con la esperanza del martirio. Al principio se asustó algun tanto el gobierno al ver un tropel tan numeroso; pero habiendo sabido que no habia una arma entre todos los concurrentes, tomó la resolucion de dejarlos quietos. El dia de la ejecucion de la sentencia se reunieron con los cristianos de la ciudad, que por lo menos eran tantos como ellos; y adornados todos con guirnaldas, llevando además los forasteros un rosario en la mano, y los de la ciudad velas encendidas, acompañaron en procesion á los mártires, hasta el lugar de su sacrificio.

Eran ocho los que habian de morir: Adriano Mondo, con Juana su mujer, una hija de veinte años, llamada Magdalena, y un hijo de doce, llamado Santiago; Leon Lujiemon, con su mujer, que se llamaba Marta; y Leon Caniemon, con un hijo de veintisiete años, llamado Pablo. Los cristianos que estaban mas cerca de los presos, les daban la enhorabuena por su felicidad; otros hacian oracion, aspirando á la misma suerte; los mas cantaban las alabanzas del Señor, y resonaba todo aquel lugar con una piadosa armonía que para confusion del infierno trasformó sus tramas en un triunfo brillante de la Religion. Cuando llegaron al lugar del suplicio, cada uno de los pia-

(1) *Hist. del Jap. l. 10.*

dosos concurrentes ocupó su lugar con mucha tranquilidad, y los mártires corrieron á toda prisa á abrazarse con los maderos que estaban preparados para atarlos á ellos. Como estos maderos estaban á tres pies de distancia de la leña que los rodeaba, fueron asados los mártires mas bien que quemados, y padecieron mucho tiempo, manifestando todos hasta el último aliento una constancia que pareció claramente superior á las fuerzas de la naturaleza.

Estando ya muertos ó moribundos la mayor parte de nuestros mártires, y habiéndose roto con el fuego las cuerdas con que estaba atado el jóven Mondo, se vió que este niño echaba á correr por en medio de las llamas. Temieron los fieles que pretendiese escaparse, y no se tranquilizaron hasta que le vieron llegar á su madre y darla las mejores pruebas de su perseverancia, teniéndola estrechamente abrazada. Pero ¿qué objeto para los ojos de una madre el estado en que volvía á ver á su hijo! Mas ella olvidó sus propios dolores, no para consolarle, sino para fortificarle en la consumacion de su sacrificio. No tardó en caer á sus pies, y un instante despues cayó tambien ella muerta, y asi madre é hijo exhalaban juntos su último suspiro casi al mismo tiempo.

Magdalena Mondo, hija y hermana de estos mártires, ofreció tambien un espectáculo no menos maravilloso. Era la única que habia quedado en pie, y aunque abrasada por todas partes, parecia llena de vida y como inaccesible al dolor. Despues de haber estado mucho tiempo inmóvil, y clavados los ojos en el cielo, se bajó de repente, cogió unos carbones encendidos, é hizo de ellos una corona. Adornada de este modo para recibir al Esposo celestial, se puso á celebrar sus alabanzas, y no cesó de cantar hasta el momento en que deslizándose mas bien que cayendo, y echada sobre las brasas que la rodeaban, exhaló con grande tranquilidad su alma pura. Los cristianos recogieron como reliquias preciosas los cuerpos de aquellos mártires, sin que se atreviesen los

guardias á oponerse á ello. Se asegura que no solo estaban enteros, sino con tan poco olor como si no hubieran pasado por el fuego.

Irritado el rey de Arima al ver que estos ejemplares, de los cuales solo referimos una pequeña parte, no inspiraban terror alguno, se abandonó á un loco frenesí, y parece que quiso mas bien no tener vasallos que tenerlos cristianos. Animábase entonces á ello un traidor llamado Fascengava, que habiendo sido elevado desde la mas baja condicion hasta el gobierno de Nangazaqui, aspiraba á destronar al principe á quien fingía servir. Diez mil hombres bien armados recorrieron el reino, distribuidos en tres divisiones, de las cuales mandaba él la principal; y luego que llegaban á una ciudad, establecian su audiencia los comisionados régios en las plazas públicas, á donde se citaba á los cristianos. Se los llamaba por sus nombres, y segun se iban presentando, los cogian con unas tenazas por las narices ó por las orejas, los arrastraban de los cabellos, los echaban en tierra brutalmente, los pisaban, y les daban de palos con tal crueldad que muchos de ellos quedaban allí como muertos. Pero no hubo ninguno que desmayase, antes bien parecia que eran enteramente insensibles á los tormentos que se les hacia padecer; y los que estaban esperando que se los llamase para ser tratados del mismo modo, cantaban cánticos de alegría y alabanzas del verdadero Dios. Esta firmeza inspiró á los jueces un despecho tan furioso, que inventaron los tormentos mas inauditos para conmovér por lo menos á algunos de los circunstantes, ya que habian perdido la esperanza de reducir á la muchedumbre. El que les pareció mas á propósito para sus fines, fué hacer que les machacasen las piernas entre dos vigas herizadas de puntas de hierro. Como por esto no dejaban de permanecer constantes, y se vió que era imposible acabar con todos, se eligieron algunos de los principales, cuyos cuerpos fueron bastantemente despedazados, para que sir-

viesen de escarmiento, ó por mejor decir, para consolar á los tiranos en la humillacion que acababan de sufrir.

En el puerto de Cochintzu, donde el despiadado Pascengava mandaba los batallones de verdugos, se presentaron en el lugar del suplicio sesenta cristianos, sin esperar á que se les citase. Era tan grande el temor que tenían de perder la corona del martirio, que habian hecho provision de cuerdas, pareciéndoles que tal vez no tendrían bastantes los verdugos. En otro lugar, donde habian de ser quemados los fieles á fuego lento, hubo una infinidad de ellos que, por decirlo así, hambrientos del martirio, se presentaron con cuerdas y maderos que habian comprado con su dinero, y pretendieron que se tuviese esto en consideracion para darles la preferencia. Contra los mártires de Cochintzu, que son particularmente notables, se procedió de este modo. Se los mandaba comparecer de cinco en cinco, se les ataban los brazos á la espalda, y en este estado se los derribaba con tal violencia, que á muchos de ellos se les rompieron los brazos y las piernas, algunos quedaron mortalmente heridos, y casi todos arrojaron sangre por ojos, narices y oídos. Despues de dejarlos quietos por algunos momentos para que se recobrasen, los desnudaban, les ataban las manos, los brazos y el cuello, los picaban con hierros puntiagudos en las partes mas sensibles del cuerpo, volvían á echarlos en tierra, y les pisaban la cara. A pesar de un tratamiento tan inhumano, no se les oyó prorumpir en la menor queja, antes bien besaban afectuosamente los pies de aquellos mismos que en sus personas ultrajaban tan indignamente la humanidad.

Cuando ya estaban reducidos á una debilidad estremada, les instaron á que abandonasen á un Dios, que, les decían ellos, era el primero que los habia abandonado. Las fuerzas del cuerpo estaban en efecto aniquiladas; pero las señales de execracion que dieron al oír estas blasfemias, manifestaron muy bien

que ni su alma ni su esfuerzo habian perdido nada de su vigor. Entonces los pusieron boca abajo, les echaron encima unas piedras tan pesadas que apenas podían levantarlas tres ó cuatro hombres, y despues, valiéndose de una polea, los subieron con cuerdas que, sujetándoles los pies y las manos, los doblaban hácia atrás y les rompían todo el cuerpo en un momento. Desatándolos luego, les quebraron las piernas, como se habia hecho ya en otra parte, entre unas vigas herizadas de puntas de hierro que les molían los huesos y la carne; les cortaron los dedos de los pies unos tras otros, y por último les imprimieron en la frente la señal de la cruz con un hierro hecho ascua. Al paso que los iban marcando, les preguntaban si perseveraban en la fé; y como respondiesen todos afirmativamente con grande alegría, los verdugos enfurecidos les sacudían en la boca con guijarros, y les hacían saltar los dientes, ó les sacaban los ojos con unos hierros largos y puntiagudos. Murieron veinte y dos en el lugar del suplicio; los demás, á quienes se pretendía privar del martirio, como del mas dulce objeto de sus deseos, fueron llevados á sus casas, donde es creible que no tardasen mucho en morir.

En otros parages (porque las barbaridades de Cochintzu se ejercían igualmente en Arima, en Obama, en Jimbara y por donde quiera que pasaban los diez mil guerreros ó verdugos) cortaban á los mártires los jarretes y los dedos de los pies, despues de lo cual los obligaban á subir por unas escaleras muy escabrosas, preparadas de intento; y como á cada paso caían en tierra, los hacían levantar á palos, hasta que espiraban con este género de tormento. A pesar de un rigór tan espantoso, se presentó voluntariamente á dar razon de su fé un jóven distinguido; y por mas que los soldados le arrojaron de allí varias veces, se colocó entre los fieles que eran atormentados con la mayor crueldad. Otro, antes de entrar en la palestra, suplicó á los verdugos que le hiciesen

padecer cuantos tormentos pudiesen imaginar. En solo el reino de Arima fué prodigioso el número de mártires, como es fácil de inferir. Júzguese, pues, cuál sería en tantos otros reinos, cuyos soberanos disolutos miraban al cristianismo con un odio igual á la corrupcion de sus costumbres. Pero qué destrózo no habria en todo el imperio despues que el regente consumió su usurpacion, cuyas dificultades suspendieron por algun tiempo la ejecución de su edicto, y sobre todo cuando dejó el imperio tranquilo á su hijo Xogun-Sama, menos circunspecto y mas perverso que su padre?

No insistiremos en el valor y en el ardor increíble que manifestaron los fieles aun del sexo débil, y hasta los niños de mas tierna edad, cuando vieron que se iba disponiendo todo para una matanza general. Tampoco diremos que las señoras mas distinguidas se esmeraban en presentarse en público con todas las señales exteriores de la verdadera Religion, y se reunían en gran número en las casas mas frecuentadas: que las doncellas hacían voto de virginidad para conseguir del Cordero immaculado el favor de ser sus mártires, así como eran sus esposas; que los niños iban corriendo á presentarse á los guardias, despues de haberse puesto al cuello rosarios ó imágenes santas; que las niñas de siete á ocho años, advirtiendo en sus padres alguna inquietud con respecto á ellas, prometían que harían instancias á los verdugos para que las matasen antes; y que para tranquilizar los niños á sus padres, echaban mano á los pedazos de hierro encendido, en prueba de que estaban resueltos á dejarse quemar vivos. Remitimos á los lectores á la historia particular de estos héroes de la Religion, donde son tan frecuentes estos rasgos extraordinarios de valor, que los holandeses se han empeñado en que no debían causar admiracion, atribuyendo esta firmeza de alma al carácter natural de los japones. ¡E fugio miserabile de unos sectarios envidiosos de los triun-

B. del S., tomo XX.—VII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo V.

fos de la comunión católica! como si los japones no fuesen hombres, ó hubiesen podido hacerse superiores á la naturaleza humana sin los auxilios sobrenaturales que habian recibido en el seno de la Iglesia católica.

Peró no podemos menos de insertar aquí, á lo menos en la parte mas sustancial, la carta de uno de aquellos confesores, en la que se echa de ver tanta semejanza con los monumentos de la mas venerable antigüedad, que no es fácil dejar de conocer que el espíritu de la verdadera Iglesia es el mismo en todas las edades y en todos los climas. Queriendo Cubosama quitar desde luego á la Iglesia del Japon sus mas firmes apoyos, mandó que desde el centro del imperio fuesen desterradas á las montañas incultas del Norte setenta y tres familias de las mas ilustres, hombres, mugeres y niños, y al mismo tiempo desterró de todo el Japon á los principes y grandes que tenían mas reputacion de talento y valor. Se concedió á las mugeres la libertad de quedarse en sus casas; pero no hubo ni una sola que quisiese aprovecharse de ella, y marcharon todas con sus maridos ó con sus padres. Del número de estos desterrados eran, entre otros, el antiguo generalísimo Ucondono, del cual hemos hablado ya como del hombre de mas talento que habia en todo el imperio, y de la mas firme columna de la Religion, con el rey de Tomba y el príncipe Tomás, su hijo, que tendría unos treinta años. Este jóven príncipe, de un valor y mérito capaz de aspirar á lo mas sublime, fué el apóstol, el héroe y el confesor que escribió á los fieles de Cumamoto, en el estilo de los Policarpus y de los Ignacios mártires.

«He sabido con mucho dolor, queridos hermanos míos (les decía), que la persecucion ha hecho algunos apóstatas; pero me llena de consuelo la consideracion de que es infinitamente mayor el número de los que han permanecido constantes en la fé. ¡Oh! ¡cuánto gozo tendria yo en hallarme al lado de

esos presos envidiables, si tienen la felicidad de morir mártires! Besaría la sangre que derramasen por Jesucristo, y les suplicaría que pidiesen para mí la misma gracia á este divino Salvador. Esta es la súplica que os hago á todos vosotros, queridos hermanos míos, y doy el parabien á esos generosos confesores de haberlo abandonado todo por conservar la fé. Me admiran, pero no me sorprenden. ¿Cómo puede haber hombres tan insensatos que no prefieran el oro al lodo, y que pongan en parangon las miserables riquezas de la tierra con los bienes eternos? ¡Oh! ¡qué gran favor se nos hace despojándonos de las cosas viles que algun día hemos de dejar por fuerza, y que son el mayor obstáculo para nuestra eterna felicidad! A mí, que soy el mas cobarde de todos, no me corresponde daros consejos; pero os suplico, como á mis amados hermanos, que despreciéis todo lo que es perecedero. Pensad que estamos en el tiempo de la prueba. De una piedra tosca se hace con el cincel la basa y el capitel de una columna: por medio del fuego y del martillo se da al hierro la forma que conviene al plan del arquitecto; y de la misma manera por medio del fuego de las tribulaciones acrisola y purifica Jesucristo á los que quiere que entren en la construccion espiritual de su Iglesia. Mostrémonos dignos, queridos hermanos míos, de ser de este número. No hubiera permitido el Señor que se nos acometiese si no estuviese determinado á coronarnos. No es posible padecer mas asaltos que los que yo he sufrido hasta ahora; y el cielo ha sostenido tan poderosamente mi flaqueza que empiezan ya á dejarme quieto, desconfiando de vencerme. Pero no basta haber salido victorioso de un gran número de combates: solo se da el galardón al que persevera hasta el fin. No os canseis, pues, de pedir para vosotros y para mí esta inestimable perseverancia.

No tuvo Cubosama entera libertad para ejercer por sí mismo su furor contra los cristianos, sino por espacio de nueve meses, esto es, des-

de la horrible batalla en que, segun dicen, perecieron cien mil hombres, y que derribó para siempre el partido del emperador legitimo (1). Despues de haber gozado tan corto tiempo su usurpacion parricida, murió en el año 1616, y entonces subió al trono imperial su hijo Xogun-Sama. Sin tener este nuevo emperador la destreza y pericia de su padre, estaba abundantemente provisto de las cualidades que constituyen á los tiranos y á los perseguidores. Conservó la corona, y la transmitió á su posteridad, únicamente porque se habia estinguido toda la línea imperial y no encontró ningun competidor. Por solo el concurso de las circunstancias se vió desde luego tan seguro en el trono, como si le hubiese sido transmitido por una larga serie de antepasados. Era un principe de carácter feroz, de limitados alcances; y habiendo recibido una educacion estravagante en un convento de bonzos, sacó de allí una adhesion obstinada á todos los delirios de la supersticion y del fanatismo. Dicen que lo que le dió motivo para declararse contra el cristianismo, fué el celo precipitado de algunos misioneros que salieron de repente de los parages en que estaban ocultos, y se mostraron en público con hábitos religiosos; pero no hay que buscar otra causa de aquella espantosa persecucion que el carácter de este tirano.

Mandó desde luego prender á todos los clérigos y frailes que habia en el Japon, y esto con unas penas tan terribles, que los muchos grandes y principes idólatras que reverenciaban todavia la Religion cristiana, y estimaban á los cristianos, obedecieron, aunque con ciertos miramientos, por no perecer ellos mismos. Los demas prendieron indistintamente á todos los fieles que pudieron descubrir, ya fuesen eclesiásticos ó legos. No fué difícil prender á unos religiosos que no se ocultaban, antes bien aspiraban al martirio. El P. Navarrete, domi-

(1) *Hist. del Jap. l. 11.*

nico, y el P. San José, fueron presos en la mision de Omura donde los seguia una multitud de cristianos y los llevaron de noche á una isla en donde les cortaron la cabeza. Otro religioso de Santo Domingo y el superior de los frailes de San Francisco padecieron el mismo género de muerte en la ciudad de Arima, á donde habian pasado para encontrar allí mas fácilmente el martirio, y tuvieron por compañeros de su triunfo quince ó diez y seis cristianos de Nangazaquí, que se habian jactado públicamente de haber recibido y hospedado en su casa á varios misioneros. El P. Machado, jesuita, y el P. N. de la Ascension, franciscano, fueron llevados á las cárceles de Omura, y decapitados algunos días despues en la plaza pública. Pero estos no eran mas que los ensayos de la tiranía de Xogun-Sama, horrible en sí misma, aunque segun los discipulos de Lutero y Calvino no se ensangrentaba todavia bastante contra los católicos, y con especialidad contra los sacerdotes romanos.

Un corsario holandés, ó segun otros inglés, partidario de la falsa reforma, se apoderó en las costas de Firando del navio de un cristiano Japon en que habia dos religiosos españoles, á saber, un Padre agustino llamado Pedro Zúñiga, y un Padre dominico llamado Luis Florez. ¿De qué no es capaz en unos sórdidos mercaderes el espíritu de secta, junto con el amor de la ganancia y la rivalidad de comercio? Para congraciarse con Xogun-Sama aquellos envidiosos sectarios, y suplantar á los negociantes españoles, delataron á los dos religiosos castellanos diciendo que iban á predicar al Japon y á maquinár contra el emperador. Toda la tripulacion quedó presa en el mismo instante, y averiguada la profesion de aquellos religiosos, fueron quemados vivos con el capitan que los habia conducido. A los demas, que eran en todo doce personas, se les cortó la cabeza.

Este suceso volvió á dar un grado terrible de actividad á la persecucion, y produjo innumerables suplicios. Algunos fieles, aconse-

jados por el P. Collado, dominico, habian hecho varias diligencias para facilitar la evasion de su compañero el P. Florez, que hacia causa comun con el P. Zúñiga; pero se habia persuadido al emperador que el tal P. Zúñiga, hombre ilustre é hijo de un antiguo virey de Méjico, era hijo natural del rey de España, y que habia ido á ser caudillo de los cristianos del Japon para apoderarse de aquel imperio. Irritado con esto Xogun-Sama, reprendió con aspereza á sus ministros por la negligencia con que se portaban, envia á los gobernadores á sus departamentos, y manda en particular que mueran al momento los confesores de que estaban llenas las cárceles de Omura, Firando y Nangazaquí.

No tenia razon el tirano para quejarse de la clemencia de sus esclavos coronados, porque en todo el imperio, sin esceptuar el pais de Jimo, que es el mas distante hácia el norte y el mas intransitable, estaba encendido el fuego de la persecucion. De veinte en veinte, y aun en mayor número, solian ir los fieles á las hogueras ó á los cadalsos. Los reyes y los gobernadores procuraban lisonjear al emperador inventando á porfia los tormentos mas crueles y atroces; pero entre los fieles se admiraba una emulacion, por lo menos igual, en solicitar la corona del martirio, y en proporcionarla á las personas á quienes mas estimaban. El valor era el mismo en las personas del uno que en las del otro sexo y de todas edades, advirtiéndose en ellas tanta solicitud en buscar á los verdugos, cuanto es por lo comun el horror con que se los mira. Una niña de ocho años fué corriendo con una pluma en la mano á presentarse á un emisario de la tiranía que estaba haciendo una lista de los fieles, y le suplicó encarecidamente que la pusiese á ella en el primer lugar. Habiéndola oido su madre, fué tambien á que la pusiesen en lista; y saliendo á toda prisa el satélite, echó á correr detrás de él, le presentó un niño que llevaba en brazos, y le dijo: «se me olvidaba esta criatura; hacedme el favor de que-

daros tambien con su nombre. Sin buscar los misioneros la muerte con un ardor que solo debe proceder de una inspiracion particular, arrostraban los peligros que eran inseparables de su ministerio, especialmente en unas circunstancias en que el auxilio de los pastores era tan necesario al rebaño; y como se los buscaba con un rigor casi increíble, pocas semanas habia en que no prendiesen y quitasen la vida á alguno de ellos. Sin embargo, como si su celo no tuviese allí bastante alimento, pasaron á la tierra de Yeso, al otro lado de los mares septentrionales del Japon, y entonces fué la primera vez que alumbró la luz de la salvacion á aquel inmenso pais, que, segun dicen, tiene cinco meses de camino de Oriente á Poniente, y está habitado por unas gentes naturalmente inclinadas á la virtud, que abrazaron sin dificultad las verdades del Evangelio. Los PP. Carvalho y Angeles, Jesuitas, fueron los principales apóstoles de aquella nacion.

En Meaco el mismo emperador hizo quemar vivas cincuenta personas, sin distincion de estado, de edad, de sexo ni de condicion; y fué tan rigurosa la orden, que el gobernador, naturalmente humano y compasivo, no se atrevió á diferir el castigo de una señora muy ilustre que estaba próxima á parir. Su marido Juan Fajimóto, que era uno de los caballeros mas ricos de la corte, y cinco hijos, los tres varones, de once, de ocho y de seis años, y las dos hembras, de doce y de tres, fueron todos quemados con ella á un mismo tiempo. Despues que murieron, se halló á la niña de tres años tan pegada al seno de su madre, que los dos cuerpos parecian uno solo. El único sentimiento que tuvieron estos padres generosos fué que, á pesar de ellos, se habia salvado la vida al mayor de sus hijos, privando de este modo á una porcion de su familia de presentarse en su compañía ante el trono del Cordero. Lo que escitó la mas viva emocion y aun la indignacion de los idólatras, fué ver en medio de la hoguera á algunas madres,

que llevaban consigo á sus hijos pequeños, apretarlos á su seno, y sin hacer caso de sus propios dolores, cubrirlos con sus brazos para defenderlos de las llamas. Aqui habia una familia entera atada á un mismo madero; allí estaba el hermano en frente de su hermana. Los mas fuertes se olvidaban de sí mismos para animar á los débiles. Todos se exhortaban mutuamente y bendecian al Señor.

Tales eran las barbaridades que se cometian, cuando quejándose todavia el feroz emperador de la indolencia de sus ministros, apresuró el suplicio de los sacerdotes y del gran número de fieles que estaban presos, principalmente en Omura y Nangazaqui; cárceles las mas execrables que se pueden imaginar, y que acaso fueron la parte mas cruel de sus tormentos. Puede formarse idea de ellas por uno de los reductos infernales en que estuvieron amontonados mucho tiempo, el cual, era un cuadro formado por cuatro paredes muy gruesas, sin techo y sin ningun abrigo contra la inclemencia de la estacion, tan estrecho que no podian echarse, y sin embargo no se les permitia salir de allí ni aun para las necesidades mas indispensables de la naturaleza. El alimento era correspondiente á la habitacion. Es verdad que compadecidos los guardias al ver lo mucho que padecian, ó admirados de su extraordinaria paciencia, no tardaban en deponer su ferocidad; pero luego que se advertia en ellos alguna condescendencia, se los mudaba de allí sin perder instante: lo que no impidió que muchos de aquellos ministros de la persecucion se hiciesen cristianos, y llegasen tambien á aumentar el número de los confesores. Se convertian aquellas cárceles en casas de oracion, que resonaban de dia y de noche con las alabanzas del verdadero Dios, y le adquirian continuamente nuevos adoradores. Leonardo Quimura, jesuita japon, encarcelado en el mismo lugar que los presos idólatras, instruyó y bautizó ochenta y seis de ellos.

Toda aquella gran porcion de presos cris-

tianos fué conducida á Nangazaqui, que era el parage señalado para un suplicio que, por razon del número y calidad de las victimas, fué llamado el gran martirio. Pero si escedió á los que con tanta abundancia habian regado ya aquella tierra insaciable de la sangre de los Santos, pareció muy moderado cuando despues aquellos montes funestos, consagrados, por decirlo así, á la ruina del nombre cristiano, desaparecieron despues en toda su estension con las innumerables cruces y patibulos de todas clases con que quedaron cubiertos. Hubo en la gran matanza veinticuatro misioneros, aunque eran muchos mas los que habian sido llevados á las prisiones; pero es muy verosímil que unos habrian perecido de miseria, y que á otros se les habria quitado la vida secretamente. Con los pastores habia treinta y dos fieles, la mayor parte mugeres, viudas de mártires, y sus hijos, desde la edad de tres años hasta doce. A todos estos se les cortó la cabeza, excepto á tres hombres y una muger llamada Lucia Fraitez, que por haber manifestado mucho mayor celo que los dems, fueron condenados á ser quemados á fuego lento, como tambien sus pastores. Habia nueve misioneros ó catequistas jesuitas, cuyo superior era el P. Carlos Spinola, hijo único del conde Octavio de Tassarola, caballero mayor del emperador Rodolfo. El esplendor de su nombre, llevado por tantos héroes, quedaba oscurecido con el de sus virtudes, cuya menor parte fué su consagracion al estado religioso y al martirio, á pesar del entrañable amor que le tenia su padre. Nombráremos tambien entre estos confesores de la fé, al jesuita Sebastian Quimura, natural del Japon, que contaba ya dos parientes en el número de los mártires. El P. Francisco Morales era el superior de los dominicos, de los cuales habia cinco sacerdotes, incluso él, y tres legos. Los franciscanos eran cuatro, á saber, dos sacerdotes y dos legos. Habia igualmente tres religiosos de una orden que no queremos nom-

brar por razon de la infamia con que se deshonraron, bien que esta fué personal.

Estos tres apóstatas fueron el único objeto que en medio de las llamas afligió á unos Santos que cogieron las palmas de la inmortalidad en el mismo lugar donde aquellos infelices encontraron una suerte que horroriza. Mientras estuvieron presos, se obstinaron en una cosa poco importante en sí misma, pero contraria á la obediencia debida á su superior: con cuyo motivo desconfiaron de su perseverancia algunos confesores de los mas experimentados en los caminos del Señor. Cuando hallándose en la hoguera empezaron á sentir con alguna viveza la impresion del fuego, gimieron, se quejaron, hicieron mil contorsiones, se abandonaron á la impaciencia, al furor, á la desesperacion, y rompieron por último las cuerdas con que estaban atados: lo que se habia facilitado á todos los mártires, con el designio de que apostatasen. Echaron á correr á toda prisa á donde estaba el ministro encargado de autorizar el suplicio, y le pidieron la vida en nombre de los falsos dioses, á quienes invocaban con todas sus fuerzas. Sin embargo, uno de los tres no llegó á este exceso de escándalo, y arrepentido de su primera cobardia, volvió voluntariamente á su madero, donde consumió gustoso su sacrificio. Tambien murieron los otros dos; pero qué horrorosa diferencia! Faltando el presidente á la palabra que habia dado, mandó que se los volviese á echar en el fuego, desde donde, cual si estuviesen en un infierno anticipado, exhalaron quejas, imprecaciones y alaridos espantosos, acentos que indicaban una desesperacion irremediable, segun todas las apariencias.

Los demas religiosos padecieron sus dilatados tormentos con tal constancia que parecian absolutamente insensibles. Se habia encendido el fuego á veinte y cinco pies de distancia de los maderos á que estaban atados: y las materias mas ó menos combustibles estaban dispuestas de tal modo, que iba ganande terreno